



# EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 33. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 18 DE AGOSTO DE 1861.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO V.

## REVISTA DE LA SEMANA.



os calores, la paz y el sosiego público, los asesinatos y los crímenes, continúan que es una bendición. ¡Señor! ¿qué va á ser de nosotros? ¿Si estaremos envueltos sin saberlo en la cola del cometa, según la opinion del astrónomo Mr. Hind, y es-

éter; al momento siguiente, toda ella será una llama intensa y penetrante; y un momento despues habrán perecido todas las cosas.

Tal es á lo menos la idea que un grande escritor, de clarísimo ingenio, de instruccion profunda y cuyo cerebro se escitaba sin embargo á veces de un modo algo extraordinario, tenia de la manera en que ha de verificarse la destruccion del globo que habitamos, si se verifica por medio de la combustion.

Si estamos abocados á la catástrofe, lo que podemos hacer por nuestra parte, es prometer referirla con todos sus pormenores á los habitantes del cuerpo celeste á donde vayamos. Allí seguirá publicándose EL MUSEO, el cual es sabido que no puede morir; y en los primeros números de la nueva serie llevará el grabado que represente el tremendo acontecimiento. Como es probable que la humanidad, ó por lo menos una gran parte de ella, por ejemplo, nuestros suscritores, sean destinados á un mismo globo, nada habremos perdido con perder este valle de lágrimas y sobre todo este infierno con tanto reptil y tanta chinche. Solamente si en alguna parte se conservan sus cenizas, pondremos una inscripción que diga: aquí yace la humanidad: su desconsolado representante EL MUSEO UNIVERSAL sigue publicándose con general aceptacion en (aquí el nombre del astro adonde hayamos trasladado los bártulos). A esto lo llamaremos derramar una lágrima sobre la tumba del mundo.

Entre tanto la córte de España, ha marchado el 13 de Santander á Búrgos y estará á estas fechas en San Ildefonso, donde la influencia de los calores no se deja sentir tanto.

Al fin se abrió al público el camino de hierro de Madrid al Escorial. Primero se bendijeron las locomotoras en la estacion central con asistencia de muchos convidados, entre ellos periodistas y autoridades, de cuyo acto damos un grabado en este número; y despues el dia 10, dia de San Lorenzo, es decir, de aquel santo que fue tostado en las parrillas, se hizo con buen éxito la primera expedicion. Desde entonces los trenes van y vienen diariamente sin que hasta ahora, gracias á Dios, haya habido nada que lamentar en materia de choques, descarrilamientos, roturas é lo al de esta guisa que suele acontecer en nuestros ferro-carriles y en los agenos.

La junta que bajo la presidencia del señor Dulce, capitán general de Cataluña, se ha establecido en Barcelona, para promover una suscripcion nacional en favor del inventor del ictíneo, á fin de ponerle en situacion

de construir un barco-pep de grandes dimensiones, se ha dirigido con una invitacion á la prensa de Madrid y á algunas de sus autoridades y personas notables. No dudamos que unas y otras favorecerán el pensamiento, y, por nuestra parte, no solo le hemos apoyado, sino que estamos dispuestos á apoyarlo con todas nuestras fuerzas.

A este fin, creemos necesario que en cada capital donde puedan reunirse suscripciones, se forme una junta que se encargue de recaudarlas y depositar su importe en las respectivas cajas ó bancos, para tenerlo á disposicion de la de Barcelona. Es necesario que esta comprenda, que si asi como ha tomado la iniciativa del pensamiento, no toma la de nombrar las juntas de las provincias ó hacer que se nombren, no se adelantará nada, porque nadie querrá encargarse por sí de recoger fondos, si no tiene autorizacion, y nadie se suscribirá, si no sabe á dónde ha de enviar el importe de la suscripcion, y todos estaremos muy dispuestos á favorecer la idea, y nadie la favorecerá.

Insistimos tambien en que se forme una sociedad por acciones independientemente del tributo de gratitud nacional, á fin de llevar adelante con la rapidez posible la construccion, no de uno, sino de mayor número de ictíneos y de hacer los ensayos para la pesca del coral y para las demás explotaciones á que se presten estos buques.

Una mejora, que merece toda nuestra aprobacion, nos dicen que se ha introducido en el ferro-carril del Mediterráneo, y no sabemos si en algunos mas. Esta consiste en que cada tren lleve un telégrafo portátil, para poder comunicarse desde la via con todas las estaciones y remediar lo mas pronto posible los accidentes que puedan ocurrir. A la verdad, no sabemos cómo no se ha adoptado antes esta medida, que ahorra tanto tiempo, cuando el accidente ocurre á larga distancia de una estacion. Recomendamos esta mejora, si ya no la ha introducido en su línea, á la empresa del ferro-carril del Norte.

Un actor de la Habana, llamado Robreño, distinguido en su arte, según algunos periódicos, ha llegado á esta capital, con el encargo, á lo que parece, de formar compañía para aquel teatro. ¿A que nos lleva los mejores actores el señor Robreño? Por de pronto, nada se sabe de positivo acerca de la suerte que cabrá al teatro, ó mejor dicho, á la literatura dramática, en la próxima temporada cómica. Es de creer que tengamos una compañía de verso, pero si será buena ó será mala, solo Dios

lo sabe, y nosotros nos tememos algo. En cuanto á zarzuela, tendremos dos compañías: en el teatro de Jovellanos, siempre favorecido del público, se anuncian maravillas; mas el del Circo trata de rivalizar con él en bondad de piezas y de voces, y en el favor de la moda, deidad caprichosa é inconstante.

La actriz portuguesa Emilia das Neves, trágica eminente, á quien sus compatriotas ponen por cima de la Raquel y la Ristori, se halla en París, donde va á dar ó debe haber dado una representación del drama *La locura de amor*, del señor Tamayo, traducido al portugués con el título de *Joanna a doida*. Desearíamos ver en Madrid á esta actriz célebre para juzgar si han estado ó no exagerados en sus elogios nuestros colegas portugueses.

La estación tiene en las orillas del mar, ya hácia el Océano, ya hácia el Mediterráneo á multitud de personas: amen de las que se hallan en París y en los diversos baños de Francia, en el Escorial, en los pueblos inmediatos á Madrid ó siguiendo á la corte. Esta ausencia general casi llega á ser, si no un delito como algunos quieren, á lo menos una grave falta para con los que aquí nos quedamos resistiendo el fuego que nos lanza el sol desde el signo de Virgo. ¡Quién diría que en semejante signo!... ¿Está don P. en casa? preguntamos á un criado al ir á visitar á un amigo.—No señor, esta en Pozuelo.—¿Don J.?—Ha salido para Biarritz.—¿Don H.?—Se encuentra en los baños de Ontaneda. ¿Y don S.?—En Gijón tomando baños de mar. Todos han salido á remojarse y tomar aguas, unos toman las de Vichy, otros las de Viesgo, otros la de Fitero: este se baña en la rada de Portugalete, aquel en la costa de Portugal, el otro en agua rosada: nosotros entre tanto nos bañamos en vapor y tragamos saliva y mas saliva.

Si antes de quince días no viene setiembre (que sí vendrá) daremos un bando declarando fuera de la ley á los que no se hallen en sus casas cuando vayamos á buscarlos.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ GUESTA.

## RECUERDOS DE MIS VIAJES.

### PRIMER VIAJE Á AMÉRICA.

#### ECUADOR.

#### VII.

Poco mas tiempo del necesario para transmitir á mis lectores la tradición de la desgraciada india, habria trascurrido, cuando crecida la marea, continuando la ruta el Bolivia, á la vista de las alegres playas del Naranjal, penetramos en la ría, por entre las islas de Mondragon y Matorrillo, cubiertas de riquísima vegetación, especialmente de elegantes y flexibles cañas de bambú, llegando ya puesto el sol, al frente de Guayaquil.

Verdaderamente pintoresco era el aspecto que la ciudad presentaba. Asentada á lo largo del fresco Guayas en su occidental orilla, en una línea de desarrollo de casi media legua, parece no solo de ligera y graciosa forma, sino de mayor estension é importancia de la que en realidad tiene. Todo este largo frente estaba iluminado por faroles, y por raudales de luz que de toda la línea de casas salían, pues las anchas y elevadas puertas de los corridos balcones de todas ellas permiten divisarse las arañas, que colgadas en medio de los salones, ordinariamente, los iluminan. En toda la estensa orilla sobre que muellemente descansa la ciudad, y con especialidad hácia el extremo Norte, veíanse muchas elegantes y esbeltas casitas colocadas en flotantes balsas, iluminadas tambien por las luces del interior. Tras varios puntos de la ciudad elevaban silenciosas hasta la azulada bóveda, las erguidas copas, diversas especies de gigantes palmeras. Era purísima y apacible la noche. La suave brisa que acariciaba nuestros rostros todavía alterados por los rayos de fuego del sol tropical, traía hasta nuestros oídos los armoniosos sonidos del canto, los pianos y otros instrumentos. De cuando en cuando turbaban la natural y constante quietud de las plateadas aguas del Guayas, los botes, que regresaban á los buques surtos en la ría y algunas canoas conduciendo algunas mujeres de voluptuosas formas aunque de parudca ó amarillenta tez. En los países intertropicales la noche es el momento del contento y la fruición: durante el día la raza humana está como soñolienta ó atargada.

Sentados unos, en pié los otros, paseándose ó acostados en sus respectivos camarotes, pasaron esta noche al frente de Guayaquil, los pasajeros que el Bolivia conducía.

Mucho antes de que la fresca y risueña aurora asomara por Oriente, paseábame ya sobre cubierta, despidiéndome al paso de los que encontraba, y que habiendo sido compañeros desde las playas de Albion, seguían ahora su viaje á diferentes puertos del Perú y Chile.

Con notable magestad y singular presteza alzóse del

horizonte el astro del día, alumbrando una naturaleza potente y virgen. Húmedas las plantas con el rocío de la noche tenían mas encanto y lozanía. La ondulosa colina que limita el extremo Norte de la ciudad estaba cubierta de verdes arbustos matizados de flores amarillas, por manera que parecía alfombrada de verde con estrellas de oro. Los bosques de palmeras, que, á trechos, sombreaban la población, estaban animados por gran número de verdes pericos. Los negros y corpulentos sopilotis ó gallináceos comenzaban su policía matinal, paseando los tejados, las calles y los mercados. Parece que la Providencia para prevenir la corrupción de los países cálidos, les ha dotado de aves, que purifican las ciudades limpiando sus inmundicias. Los gallináceos, así en Cartagena, Aspinswall y Panamá, como en Guayaquil no podrian suplirse con la mas numerosa y esmerada policía. Pero vuelta la espalda á la ciudad, la perspectiva que se presentó á mi vista fue mas pintoresca y sorprendente todavía. En primer término salía como del seno de las aguas la verde isleta de Santay con sus plantíos, sus esbeltas casitas de campo rodeadas de bosques de elevadísimas palmeras, plátanos, y otros árboles de hermosísima forma.—Mas en lontananza, el horizontal y estenso valle del Guayas presenta como una serie de virgenes selvas que van á morir, con singular degradación de tintes, en las altísimas sierras de la cordillera de los Andes, perdidas en el lejano horizonte, cada vez mas descarnadas, destacándose sobre todas ellas, como en el cénit de los cielos, la blanquísima cúpula del magestuoso Chimborazo.

Solo con un cielo purísimo y sin nubes es visible desde Guayaquil.

Pisé por vez primera esta ciudad á las diez de la mañana del día 4 de enero de 1837. Hospedámonos en la fonda francesa, á cuyo frente se hallaba el señor La Grange casado con una española natural de Canarias. Ambos se mostraron muy atentos con nosotros y diéronnos interesantes noticias acerca del clima y sus inconvenientes.

—Mala época para Guayaquil, nos dijeron, mala época.

—Y ¿por qué?

—Porque ahora cesan las brisas y comienzan los grandes calores, las lluvias casi continuas, los mosquitos, las calenturas y algunas veces hasta la fiebre amarilla.

—Pero nosotros seguimos á Quito.

—¡A Quito! ¿Y cómo? Hace ya un mes que llueve en la sierra y los caminos se ponen intransitables. De aquí á Bodegas ó Babahoyo se va embarcado por el río; pero á poco que llueva, Bodegas queda sepultada en las aguas. Hay que ir en canoa hasta Sabaneta con mucho peligro. Nadie viaja en esta estación: ni aun los naturales. Los correos solos van y vienen á Quito por que les pagan mucho y son muy diestros.

—¿Qué hacer, pues? Si nos quedamos nos esponemos á la fiebre.

—Cierto, dijo La Grange. Yo creo que todavía pueden ustedes irse. Aquí no ha llovido aun, y por consiguiente tampoco en Bodegas. Lo difícil es el equipaje. —Cuanto se conduce á Quito va en acémilas, y durante la estación de las lluvias no las hay. —Los conductores no se atreven con el camino. Así cuanto llega á Guayaquil en esta época se almacena hasta junio. ¿Y tienen ustedes lo necesario para el viaje al interior?

—¿Y qué hemos menester?

—Ante todo una gran maleta de cuero que llamamos *almofres*, para colocar dentro sábanas, mantas, almohadas y colchones; ropas ligeras para el clima cálido, y ropas de abrigo para la montaña. Ponchos de bayeta y ponchos de tela blanca. Monturas, bridas y mas arreos de montar.—Máscaras y anteojos verdes para pasar el Chimborazo. Botas, pantalones y capas de caucho para guarecerse del agua. Cada viajero necesita un criado, ó como aquí se le llama, un paje. Compren ustedes tambien sombreros de paja toquilla, ó sea de jipijapa con cubiertas de hule encarnado. No descuiden ustedes hacer oportunamente provisiones, y dispongan se preparen desde luego los equipajes. Lleven lo necesario en el almofres para el camino, porque es probable no vean ustedes en mucho tiempo las demás ropas.

Pasmados quedamos con esta relacion que plenamente confirmaron, los dos ecuatorianos que nos habian acompañado durante todo el viaje.

Con ellos salí yo á hacer mis compras y á preparar cuanto era necesario.

Cubriéronse los bauls con grandes hojas secas de bijao, árbol parecido al plátano, y de hecho forráronse con lona.

Lo primero de que me provisté fue de un sombrero de paja toquilla: es imposible si no resistir la intensidad de los rayos solares cuando se sale á la calle.

La temperatura media de Guayaquil es de 26° centígrados. Pero así como de junio á diciembre oscila generalmente entre 20 y 26, desde enero á mayo se estaciona constante entre 28 y 32°

No hay en el Ecuador alternativa de estaciones: todas están entremezcladas para los efectos de la vida vegetativa. Por lo demás, las tierras altas gozan de una primavera eterna; Guayaquil y las costas de un constante estío. Nace el sol, sin alternativas, á las seis de la mañana, y se pone á las seis de la tarde.

La variedad estacional está en las lluvias. Hay un período invariablemente seco; otro siempre lluvioso. Las lluvias de Guayaquil comienzan por lo comun en enero y continúan hasta mayo.

Durante tres días no cesamos de hacer acopios para el viaje al interior, temiendo siempre el primer chubasco, terrible precursor de tantas plagas.

La tarde del cuarto día, á cosa de las tres, sentimos un calor sofocante: cubrióse de densísimas nubes el cielo; los pericos y gallináceos volaban rastreros y se de los árboles; ni la mas leve brisa las agitaba: la naturaleza parecia como agobiada. De repente algunos rotolampagos cruzan esta atmósfera cargada é irrespirable.

—¡El primer aguacero! Al que le coja en la calle tiene noventa y nueve probabilidades contra una de adquirir calentura ú otra enfermedad.

En esto retumbó terrible y aterrador el primer trueno; siguiéronse otros: el calor era cada vez mas sofocante, y á cosa de las cuatro comenzaron las nubes á descargar agua, como si se hubieran abierto las cataratas del cielo. En menos de un segundo las calles parecían rios. Es imposible calcular el agua que cae de esta manera en una ó dos horas. Ordinariamente basta el primer chubasco para que el campo no vuelva ya á secarse en todo el período de las lluvias, á pesar del vigor con que reaparecen los rayos solares y de la inmensa fuerza que imprimen á la evaporación.

#### VIII.

Apercibidos de lo mas necesario para el viaje al interior, dejamos Guayaquil al rayar el alba del 8 de enero. Condújonos á Bodegas el *Guayas*, vapor de guerra ecuatoriano. Su comandante Rojas y Robles, hermano del general, presidente de la república, nos obsequieron á bordo con un excelente almuerzo y con una no menos excelente comida.—La subida del río hasta Bodegas fue muy agradable. El chubasco del día anterior habia atemperado algo mas la atmósfera, y el calor se dejaba sentir con menos intensidad. Como la marea nos detuvo algo, empleamos en este viaje unas nueve horas.

Rápidas pasaron estas contemplando las bellísimas orillas del río. A un rico plantío de cacao sucedía otro del elegante y verde árbol del café; á una casita india de singular figura y ruda manera construida, y rodeada de un bosque de palmeras, seguía un plantío de ananas, de yuca ó tabaco. De cuando en cuando, el perfume del azahar revelaba la proximidad de un bosquecillo de naranjos cargado de su vistosísimo fruto. Blanquísimas y pintadas aves posándose sobre las ligeras cañas de bambú, reflejábanse graciosamente en la tersa superficie de las aguas, que magestuosamente sureaba el Guayas. Formaban singular contraste con esta risueña naturaleza los caimanes, cocodrilos ó lagartos, que yacían tendidos, ocupando largo espacio, en la húmeda orilla de los cortos brazos de río que se introducen en las tierras, y que los naturales del país llaman *esteros*. Hay uno, que apellidan de Lagartos por los muchísimos caimanes en que abunda.

Son los caimanes animales temibles, y enteramente parecidos á los cocodrilos del Nilo: tienen solo mas prolongada la trompa y menos redondeada la estremidad de la cola. De ordinario no acometen al hombre sino cuando están *cebados*, esto es, cuando han llegado á gustar la carne humana.—Como abundan tanto en el río de Guayaquil, con especialidad en la proximidad de Bodegas, suceden frecuentes desgracias, de ordinario con los niños de los indios, por naturaleza descuidados.

Con este motivo refirieron los del vapor un lance que acababa de suceder. Hallábase una niña india de unos cinco años de edad próxima á la canoa de su madre, á orillas del río. Sacó un caiman su enorme cabeza y la cogió de un pié. Avalanzóse la madre á la hija y fue arrastrada con ella al río; pero allí consiguió herir con un hierro puntiagudo, que llevaba, la parte sensible del caiman, que soltó la presa, dejando, sin embargo, el pié de la niña completamente destrozado. Los médicos han tenido que amputarle y la niña vive.

No es cosa fácil matar los caimanes. Los marinos del *Guayas* se entretenían en tirar sobre ellos con los rillos; pero las balas dan en las corazas y saltan como pelotas de goma elástica. Solo hiriéndolos en las partes descubiertas de junto al cuello, se consigue matarlos. De ordinario están tendidos al sol en los esteros, abierta la enorme boca que se les llena de mosquitos, y que de cuando en cuando tragan. Al sentir ruido comienzan á moverse pausadamente y se meten en el río.

Admirando sus pintorescas orillas, las hermosas aves de sus bosques, los monstruosos caimanes de sus esteros, hablando y comiendo bajo el toldo de Bodegas, llegamos á cosa de las seis de la tarde á Bodegas.

Hállase situada esta villa, que tambien se llama Babahoyo, orillas del río de su nombre, y en el punto de confluencia con el Caracol.—Las pocas casas que poseen son de madera, sostenidas por pilares, y formadas á unos quince piés del suelo para dar paso franco á las aguas, en las periódicas inundaciones, que comienzan de ordinario con el año, y terminan en abril ó mayo.—Durante este período desaparecen muchas barracas y otras

viviendas que se improvisan en el tiempo seco.—Recórrense las calles en canoas, que hacen el servicio de las gondolas venecianas.

Como era de presumir, las lluvias de los dos días anteriores á nuestra llegada, no habían sido suficientes para determinar la inundación; pero se esperaba por los habitantes se hallaban ocupados en prepararse para este periódico acontecimiento.—Las familias pobres que habitan las barracas, las abandonaban y emigraban para el interior ó la playa, llevándose sus bienes y escaso ajuar. Las gentes acomodadas que no tenían una gran necesidad de permanecer en el país, le abandonaban también, y estas emigraciones formaban una continua y pintoresca caravana. Los serranos acudían también presurosos á provistarse de sal, cosa imposible, ya crecidas las aguas.

Estas habían de tal modo reblandecido el piso, que nos costó gran trabajo llegar desde el desembarcadero á la Aduana ó Salina, situada al lado de la iglesia parroquial, y ambas en una alta loma que es el límite de la inundación.

La Aduana, es grande, espaciosa, bien ventilada, y con un anchísimo balcon corrido que da vista á la plaza del lugar central de la villa. El aspecto semi-salvaje que esta presenta, así por la forma de sus viviendas como por el traje y maneras de los habitantes habituales y transeúntes, hace no pequeño contraste con la casa de Adonata, y con la amabilísima y hospitalaria familia que la habita.—El señor Benitez, administrador de salinas, es un cumplido caballero: alto, de noble aspecto, lleva retratado en el rostro su característica bondad. Sus dos hijas, niña la una de unos trece años, y la otra rayando en los diez y seis, son hermosas, muy bien educadas, y tan amables y hospitalarias como su padre. Este es no solo la Providencia del extranjero, sino de las personas acomodadas del país en sus viajes del interior á las playas. Su casa está abierta para todos, á todas horas del día y de la noche; su mesa siempre cubierta y dispuesta á reparar las necesidades del viajero, impotente para procurarse lo mas preciso, en estos países atrasados.

Hospedáron en su casa el señor Benitez con una cordialidad de hermano, y como si de largo tiempo le fuéramos conocidos. Y no fue esto una singularidad. Cuantas veces he llegado á su casa, siempre le encontré lo mismo: franco, amable, agasajador, hospitalario. Y no solo conmigo, sino con cuantos llegaban á pisar sus umbrales. Si la casualidad lleva algun día estas páginas á sus manos, sepa al menos, que entre los que le han estrechado la mano, hubo quien supo apreciar cual se merece su hospitalario y amable trato, y quien hace votos al Omnipotente por su próspera fortuna y la de su familia.

Así esta como las demás personas que la acompañaban, hicieron muy agradable nuestra primer noche en Babahoyo.—Hablóse, tocóse el piano, cantóse, y sirviéronse sorbetes y bebidas suaves y refrigerantes.

Paseábame al despuntar el alba del siguiente día, lo largo del balcon, gozando del suave y atemperante ambiente matinal, y preparándome así á soportar el húmedo y sofocante calor del día, cuando abordándome el simpático Benitez, me dijo:

—¿Conocen ustedes á Larrea? Acaba de llegar de Quito con su señora.—Es oriundo de una noble y antigua casa española, rico y muy tratable. Va con una misión diplomática de nuestro gobierno á la república de Chile.—Muchas cosas que han debido servirle en el viaje, hasta aquí, le son completamente inútiles ahora. En volérselas podría hacer á ustedes gran servicio. Lo mas conveniente de todo, seria conseguir las caballerías de que se ha servido. Procuren ustedes verle.

Hicimoslo así; y en efecto, el señor Larrea puso á nuestra disposición con singular amabilidad, cuanto necesitábamos, y de que acababa de servirse, incluso su criado ó paje. Era este un campesino de raza blanca, en el estilo del país, *chagra*: vestía el traje de camino en la Sierra: poncho blanco alistado, como el que suelen usar los trabajadores del campo en algunas de nuestras provincias, sombrero cubierto de hule morado, pantalón de pieles y grandes espuelas: llamábase Pasmíño.

Algunos días despues tuve ocasión de conocer en la Sierra á la mujer de este, campesina ó *chagresa*, de raza blanca. Vestía exactamente como su marido, á quien volvió á esperar al camino: poncho, sombrero, saya, que como montaba á la usanza hombruna, hacia veces de pantalón.

Prestónos Pasmíño muy buenos servicios en el camino, y ademas preparó con mucha maestría en la hacienda de San Juan, el obsequio que su amo había dispuesto, que allí se nos hiciera.

Pero no anticipemos los sucesos, y ocupémonos de nuestros preparativos de viaje, en Bodegas.

Muellemente recostado, y meciéndome en una hamaca contemplaba yo, algo sorprendido, el espectáculo que en la plaza pasaba.

Había á mi derecha una línea de barracas próximas á las barracas y algo elevadas del suelo sostenian grandes fuegos dentro de los cuales encendian fuego y hacian ciertos comestros que vendian á los que entraban y salían en la plaza. Eran estos transeúntes indios de diversos parajes, *chagras*, y *chagresas* de la sierra, cho-

los, zambos y algunos negros de Guayaquil, presentando una muy pintoresca perspectiva por la diversidad de formas y colores de sus ponchos, sombreros y mas atavíos.—Todos ellos traian grandes recuas de caballerías. Venian los unos á comprar sal, los otros á recoger cargas de mercancías y muchos á buscar familias que abandonaban la poblacion para no pasar en ella el período de las aguas.

De entre esta concurrencia llamaron particularmente mi atención dos indios. Era el uno alto, robusto, de color bronceado, pequeño sombrero de paja, ancho poncho rayado, pantalón de pieles, grandes espuelas con un cuerno ó bocina en la mano: venia á caballo y conducía de la sierra una partida de bueyes para Guayaquil. El otro indio era pequeño, enjuto, de color pardo: vestía un ligero y corto calzoncillo de algodón, escaso poncho de lo mismo, sombrero en forma de vacía de barbero: llevaba al cuello una especie de saquillo á guisa de ligera mochila: unos granos de maiz en este saquillo colocados eran todas sus provisiones.

Entre las cintas del sombrero se echaban de ver unas cartas. Esto indicaba su oficio de portador de correspondencia, ó correo, remedo del antiguo *chasqui* de los incas. Estos correos hacen viajes pasmosamente rápidos en todas estaciones: cruzan las selvas vírgenes, pasan á nado los rios, cuando es necesario, y nada los detiene. A ratos descansan para beber agua y comer algunos granos de maiz: es todo su alimento. Andan noche y día por caminos enteramente extraviados y jamás descansan hasta llegar al lugar de su destino.

Como me interesaba muchísimo alcanzar el nuestro antes de que las aguas hicieran poco menos que imposible, el tránsito por los caminos, abandoné mi hamaca para ocuparme de nuestra partida.

La gran dificultad consistía en proporcionarse caballerías en el pueblo no las hay, y las que vienen de afuera están ya alquiladas y traen objeto determinado. En este conflicto, el amigo Benitez apeló á un medio, no muy republicano que digamos, pero de muy buenos resultados. Llamada la autoridad del pueblo, dispuso un embargo general de cuantas acémilas en la plaza habia. En pocos momentos estaban encerradas en el patio de la Aduana mas de ciento; pero sus dueños no parecían. A cosa del anochecer fueron ya presentándose algunos indios ó cholos arrieros. Todos se resistían á alquilar las acémilas, prestando compromisos anteriores, ó la gran necesidad de conducir sal á la sierra. Benitez, valiéndose alternativamente de la amenaza y de la oferta, consiguió arreglarlo todo.

Parecióme, empero, muy singular la estremada confianza de nuestro amigo, en la honradez de aquellas pobres gentes. En efecto, arreglado el precio, me decia:

—Entregue usted á este hombre 12 reales (peso y medio ecuatorianos). En Guaranda le dará usted otro tanto.

—Marcha á coger tu carga y vete.—Estarás en Guaranda lo mas tarde dentro de cinco días.

Así fue despachando á todos, menos á los que debían ir á nuestro lado con las provisiones y almofreses en que iban las camas y lo mas necesario para el camino.

Pasamos aun aquella noche y toda la mañana del día siguiente en Bodegas.

Hallábame con Benitez á la entrada del Alfolí, cuando vimos apearse un militar de caballería. Acompañábale un asistente. Usaban trajes semejantes á los europeos; pero el oficial llevaba una capita corta de grana con largos cordones dorados, en todo parecida á los de nuestros antiguos caballeros.

Cambiados entre nosotros atentos saludos, impuso Benitez al militar de nuestra posición social y objeto del viaje, y añadió:

—«Amigo, Lazerda, recomiendo á usted muy particularmente estos señores.—Usted es práctico en estos caminos y puede serles de gran utilidad, especialmente á la señorita (hablaba por mi hija).

—«Los señores marcharán luego, contestó Lazerda. Yo me detengo aquí breves instantes por motivos del servicio. Pero antes de dos horas les alcanzaré y ya no nos separaremos hasta Quito.

Este militar era el coronel Lazerda que fue para nosotros un salvador enviado por la Providencia, durante el resto del penosísimo viaje que entonces emprendimos.

J. DE AVENDAÑO.

## LOS VOLCANES.

### II.

A unas ocho millas de Sciacca en el mar Mediterráneo entre Sicilia y Pantellaria, apareció en el año 1841 una nueva isla volcánica que recibió los nombres de isla Ferdinanda, Julia, Graham y otros cuatro aun. Las noticias que tenemos acerca de esta isla que desapareció al poco tiempo de haber salido de las aguas, son mas defalladas todavía. Antes de su aparición se sintieron algunas sacudidas de temblor de tierra, que aunque poco violentas, tuvieron aterrados á los habitantes de Sciacca, desde el 28 de junio hasta el 2 de julio. Nadie se figuraba la causa de estos temblores de tierra, durante el último de los cuales empezó la erupción que

hizo aparecer la nueva isla en un punto en el que, según cálculos exactos, el mar tenia una profundidad de seiscientos á setecientos piés. Los primeros indicios de la causa que agitaba la superficie del mar fueron observados por un buque que pasaba de largo el día 8 de julio. Se describió el volcan como la elevación de una gran masa de agua, que se levantaba con un ruido semejante al del trueno, elevándose próximamente durante diez minutos, hasta llegar á una altura de ochenta á noventa piés. Despues cesaba repitiéndose en el mismo lugar en diferentes períodos de quince, veinte y dos y hasta treinta minutos, hallándose envuelta en una espesa nube de humo que cubria todo el horizonte. La agitación del mar alrededor de este sitio era muy grande una; multitud de peces muertos que sobrenadaban en las cercanías.

En la costa de Sicilia se vieron en la mañana del 12 de julio una multitud de pequeños pedazos de escorias finas y porosas, llevadas allí por un viento fresco del Sudoeste. Al mismo tiempo se sentía un olor fuerte y penetrante de azufre. El 13 de julio al romper el día se vió en el horizonte del mar una columna de humo que se elevaba de las aguas, y por la noche aparecía como una manga de fuego, de modo que los habitantes de Sciacca no dudaron ya que era una erupción volcánica. De vez en cuando se oía resonar un ruido semejante al del trueno. Un alemán llamado Hoffmann, que se hallaba entonces en Sicilia, llegó el 24 de julio hasta una distancia de un cuarto de legua del lugar de la erupción, cuyo fenómeno describió en los siguientes términos. Vimos claramente que la isla salida de las aguas era de un color negro; aun estaba llana, y su perímetro de unos seiscientos piés formaba la orla de un pequeño cráter, del que salían erupciones que aumentaban progresivamente elevándose cada vez de un modo visible, mientras que las materias que arrojaba se derramaban con regularidad á su alrededor segun la dirección del viento. De la boca de este cráter salían sin cesar con gran violencia, aunque sin ruido, grandes masas de vapores en forma de globos y de una blancura semejante á la de la nieve. Estas masas de vapor, enlazadas entre sí, formaban principalmente al resplandor del sol, una columna de extraordinaria brillantez y magnificencia, cuya elevación sobre el mar pudimos calcular con probabilidad que seria de dos mil piés. Por entre esta columna de humo que subia siempre en remolinos y sin ruido, salían á veces pedazos negros de escoria que al pasar por entre las nubes de vapor, formaban círculos diversos; pero lo mas magnífico de todo este fenómeno eran los momentos en que de tiempo en tiempo se aumentaba la violencia de la erupción, que arrojaba escorias negras y masas de ceniza y arena. Debajo de esta blanca columna de humo blanco que se elevaba á mas de seiscientos piés de altura, habia otra de humo negro que se abría por la estremidad en forma de abanico. Las piedras y otras materias que salían del cráter dejaban tras de sí un surco luminoso formado de las materias inflamadas que se desprendían de ellas, y semejante á la cabellera de un cometa. Mientras duró este imponente fenómeno, el mar estuvo agitado por la multitud de piedras, arena y cenizas calientes que caían en él; las masas de vapores blancos producían tal humo al apagarse en el mar, que ocultaban á veces completamente la isla. En el cráter no se veían propiamente llamas, pero en los momentos en que la erupción era mas violenta, multitud de relámpagos surcaban en todas direcciones la columna de humo y de ceniza, dándole un resplandor claro y brillante, al mismo tiempo que resonaba un trueno prolongado que se oía á gran distancia. Este fenómeno magestuoso duraba de diez minutos á una hora, pero despues cesaba la erupción por un largo rato y solo salían del cráter algunas bocanadas de humo ó de vapores.

Durante este tiempo, la isla llegó á elevarse hasta unos seiscientos piés sobre el mar, adquiriendo una circunferencia de un cuarto de legua. Las erupciones fueron siendo despues mas débiles hasta que por fin cesaron el 12 de agosto del mismo año; desde entonces se pudo abordar sin peligro á la isla, y los ingleses tomaron posesión de ella; pero poco á poco las olas del mar fueron destruyendo sus montes de arena y escorias, y en diciembre del mismo año no se veía ya nada de ella, quedando únicamente un banco de arena que obstruía la navegación. En 16 de mayo de 1833 hubo una erupción, en el mismo sitio, pero no dejó vestigio alguno.

En el mar Atlántico, á medio grado al Sur del Ecuador, hácia las islas de Santa Elena y de la Ascension, la naturaleza ha hecho repetidos ensayos desde mediados del siglo pasado para formar una isla ó un archipiélago volcánico, pero la profundidad que tiene allí el mar lo ha impedido hasta el día; sin embargo, se han advertido en aquel paraje donde la agitación del agua es semejante al temblor de tierra, columnas de humo y pedazos de escorias sobre las aguas de toda aquella parte. Uno de los fenómenos mas modernos de esta clase se observó en febrero de 1839, á unos cinco grados al Oeste de Valparaiso, no lejos de la isla de Juan Fernandez, donde salieron del mar entre erupciones de fuego y humo tres islas que se extendían en una línea de Norte á Sur, pero volvieron á desaparecer dos de ellas, no quedando sino la que se hallaba mas al Norte.

## COSTUMBRES DEL ECUADOR.



INDIO CONDUCTOR DE GANADO.

CHAGRA Ó CAMPESINO BLANCO.

CHAGRESA Ó CAMPESINA BLANCA.

CHASQUÍ Ó CORREO INDIO.

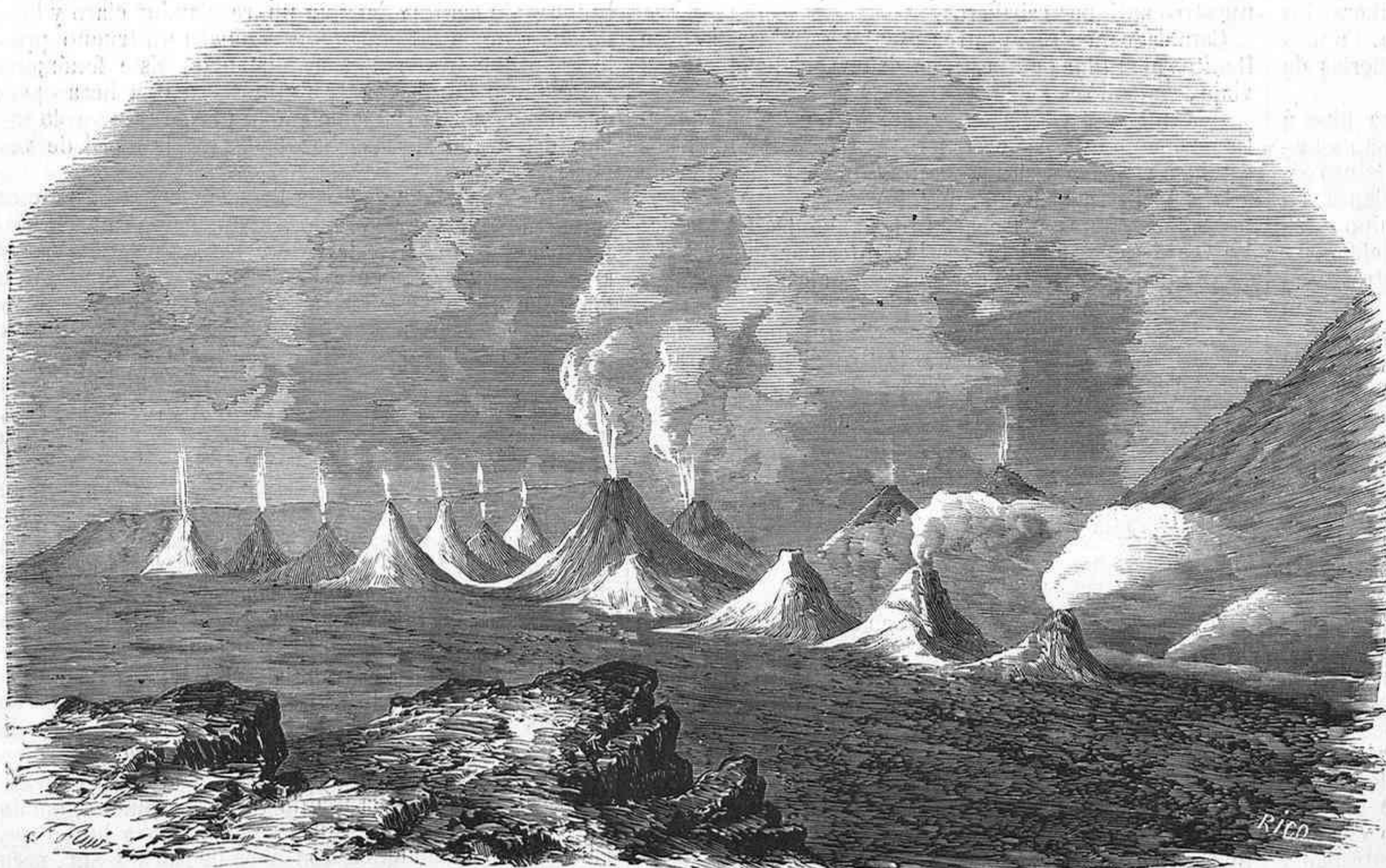
Pero el ejemplo mas grande en este género fue el que tuvo lugar en el mar de Kamschatka en la cadena de las islas Aleutianas. En el año 1796, á unas cuarenta y cinco werstas al Oeste de la estremidad setentrional de la isla Unalashka en la parte norte de la isla Umnak, cerca de una roca aislada, empezaron á salir unos vapores que ocultaban la roca, al mismo tiempo que la isla Unalashka estaba convida por un temblor de tierra casi continuo. Cuando despues se fué á examinar de cerca aquel punto, se halló una isla cónica de cuya cima salieron vapores y escorias. Estas erupciones duraron hasta el año 1823 en el que el volcan todavía humeaba. En 1819, la isla tenia segun Wasilieff, casi

cuatro millas geográficas de estension y una altura de dos mil cien piés; en 1832 se habia disminuido y no contaba mas que dos millas de estension y mil cuatrocientos piés de elevacion, segun el testimonio de Tebenkoff; á esta isla se le habia dado el nombre de Juana Bogoslowa. El suelo del mar entre esta isla y Umnak se habia elevado, y cuando Cook en el año 1778 y Sarnitcheff en 1790 pasaron por allí, encontraron innumerables escollos para la navegacion. Baranoff creia que esta isla estaba formada únicamente de escorias, pero su estension considerable y su duracion inducen á creer que el suelo del mar se ha elevado por allí formándola de este modo.

Se ha creído tambien que algunos volcanes en vez de lava vomitaban cieno y agua hasta con peces, pero en todo caso este fenómeno habrá sido casual y no pertenece á las leyes ordinarias. En algunos volcanes de Quito puede consistir tambien en que la violencia de las materias arrojadas se abre paso por entre algunas cavidades subterráneas llenas de agua, que contiene unos peces pequeños llamados *pimelodus cyclopus*, á los que arroja de sus moradas al mismo tiempo que la ceniza convierte en lodo el agua en que estaban los peces, y una y otros salen por la boca del cráter al tiempo de la erupcion.

Pero ademas de estos casos particulares hay tambien volcanes de lodo llamados *salsas*, que no parecen tener mas que una conexcion muy lejana con los volcanes ordinarios. Están formados por un gran hacinamiento de barro arcilloso, del cual salen materias combustibles ó gases de diversas clases; otras veces llegan á arrojar gases inflamados, nalta y disoluciones de sal. Volcanes de esta clase se encuentran en Sicilia, el llamado Macaluba en las cercanías de Agrigento; en Módena, cerca de Sassuolo, en la Crimea, en la península de Taman á orillas del mar Caspio, en Java, en la Trinidad y cerca de Cartagena en la Nueva Granada: de este último ha hablado Humboldt.

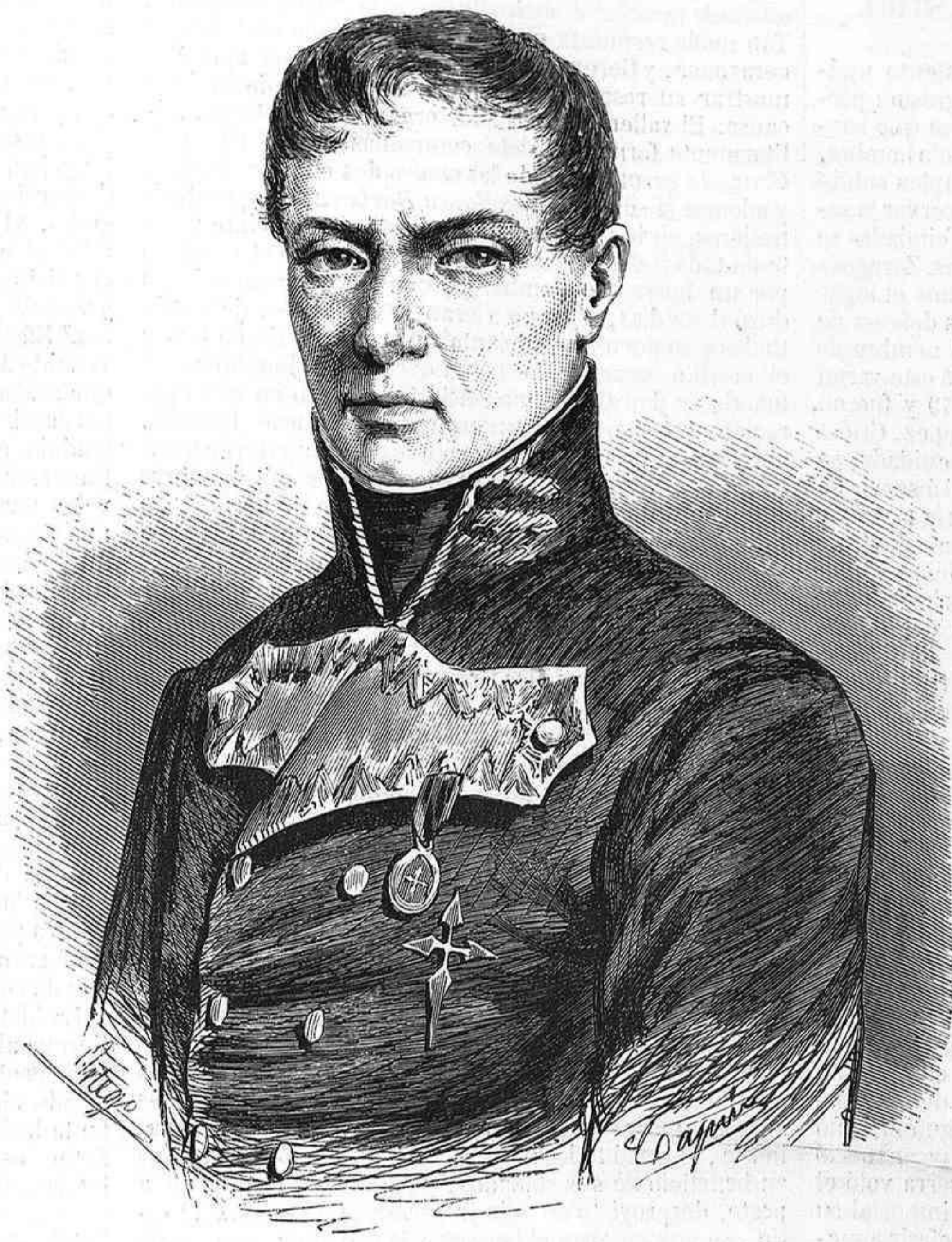
Los temblores de tierra están íntimamente relacionados con los volcanes; no solo las comarcas volcánicas son las mas frecuentes en terremotos, sino que se ha observado muchas veces que estos coinciden con la erupcion de un volcan próximo, y cada erupcion volcánica suele ser anunciada por un pequeño temblor de tierra, pero no siempre están ambos fenómenos dentro de los mismos límites geográficos, pues la estension de algunos terremotos es tan grande á veces, que va mucho mas allá de los límites de la actividad volcánica. Se ha tratado de establecer una diferencia entre los terremotos volcánicos y los plutónicos, designando con el primer nombre á los temblores de tierra que hay antes de la erupcion y con el segundo á los



ERUPCION DEL VESUBIO EN 1843.

de las localidades independientes de las erupciones.

Todos los hechos que se conocen hasta ahora sobre los volcanes y su actividad, demuestran que estos pertenecen á las propiedades generales del cuerpo terrestre, y que por lo tanto deben provenir de una causa general. La elevada temperatura de las lavas comparada con el aumento de calor de la corteza terrestre y la extraordinaria extensión de las conmociones volcánicas, nos indican además que el origen de estos fenómenos está sumamente profundo. Si unimos esta experiencia á la que ya tenemos acerca del calor de la tierra, de la forma y de la disposición en que se hallan las capas de piedras arrojadas por erupciones, y la hipótesis de haber salido y haberse desmenuzado el cuerpo terrestre de un estado de fluidez ardiente en que estuvo en otro tiempo, veremos que es muy probable, según nos lo demuestra el estado actual de nuestros conocimientos, que los volcanes no sean mas que las consecuencias y desbordamientos del estado de ardiente fluidez en que aun se halla el interior de la tierra. Los cráteres son en cierto modo unos caminos que unen el interior de la tierra con la superficie. Cuando la materia fluida es comprimida ó agitada violentamente, ya por la presión de las masas que se han formado en el curso de los siglos y ya por hundimiento de ciertas partes de la misma costra, ya por la influencia del sol y de la luna, ó por la formación de vapores de cualquier clase, entonces tienen lugar los temblores de tierra con sus consecuencias, ó las erupciones volcánicas, hasta que de un modo ó de



DON MARIANO ALVAREZ DE CASTRO.

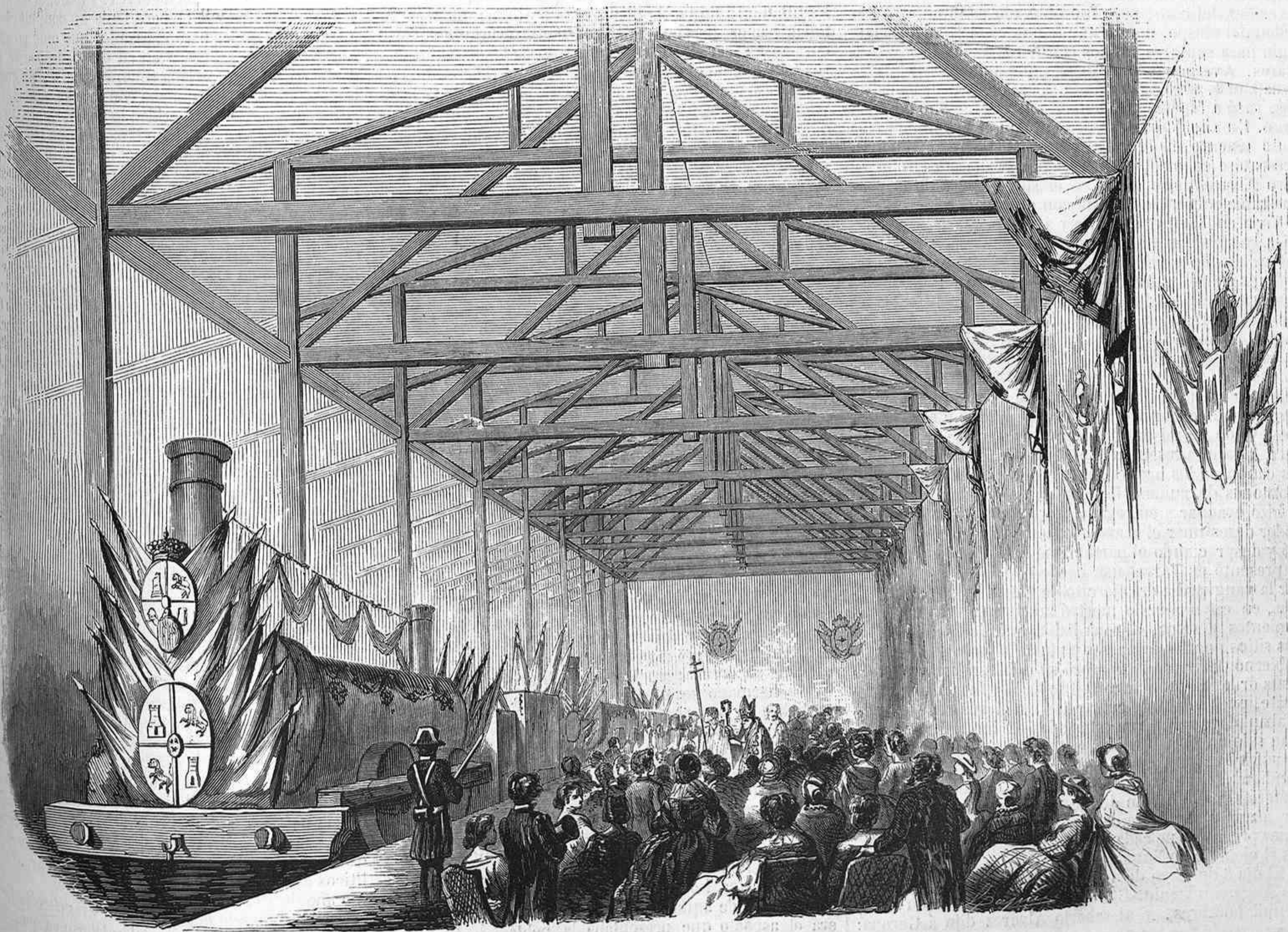
otro vuelve á restablecerse el equilibrio.

El fluido ardiente del interior de la tierra, impelido localmente hácia la boca del cráter, ya hecho lava, se pone en contacto con masas de agua, si no en el interior, á lo menos en el curso que sigue para salir del cráter, y estas masas de agua se convierten en vapores por el excesivo ardor, aumentando en un grado extraordinario los fenómenos propios de la erupcion. Se comprende fácilmente que se hallen caminos constantes para sostener esta union de las masas de agua con el cráter, y estos caminos que forman largas líneas una detrás de otra, están en ese caso en las hendiduras de la corteza terrestre, y donde no es así, como sucede en los volcanes centrales, debemos suponer una posicion en que se hallan cruzadas muchas hendiduras de la misma corteza.

Se comprende además la existencia frecuente de los volcanes en las cercanías de las costas del Ecuador, en cuyas regiones es mucho mas fácil que se formen hendiduras por la elevacion de los continentes. Es posible que la proximidad al agua del mar en los puntos que están cerca de ella, ejerza una influencia particular en la frecuencia de las erupciones y en la naturaleza especial de ellas, como por ejemplo, en los fenómenos que tienen lugar en la inflamacion.

El grabado que damos en este número representa el Vesubio en la erupcion del año 1843, cuyo dibujo fue hecho por el alemán Abich, testigo ocular de ella. La falta de espacio nos impidió darle en el número anterior.

A.



BENDICION DE LA VIA-FÉRREA DEL NORTE.

vez de  
ero en  
o per-  
nes de  
a de las  
s cavi-  
e unos  
á los  
a cen-  
peces,  
po de  
ambien  
as, que  
na co-  
leanes  
por un  
cilloso.  
sibles ó  
s veces  
os, na-  
nes de  
ilia, el  
nias de  
le Sas-  
ínsula  
io, en  
e Car-  
de este  
n inti-  
volca-  
ánicas  
remo-  
uchas  
erup-  
y cada  
uncia  
tierra,  
nóme-  
s go-  
ignos  
s, que  
de la  
do de  
s ter-  
nicios,  
bre  
antes  
á los

## DÓN MARIANO ALVAREZ DE CASTRO.

Nada mas noble y grande que el levantamiento unánime de España en 1808 para rechazar la agresión perversa de los franceses. Aquella lucha gigantesca que sostuvo la nación levantándose unida como un solo hombre, ofrece á la historia hechos gloriosos y ejemplos sublimes que imitar á todo pueblo que quiera conservar la sagrada independencia. Nombres de héroes y ciudades se hicieron famosos en aquel período de seis años. Zaragoza y Gerona conquistaron en los fastos modernos el lugar que en los antiguos Sagunto y Numancia. La defensa de la primera de aquellas ciudades eterniza el nombre de Palafox, la de la segunda el de Alvarez. Nació este varón insigne en Granada el 8 de setiembre de 1749 y fueron sus padres don Francisco y doña Apolonia Lopez. Crióse con poca salud y solo á fuerza de esmero y cuidados se logró su crianza y desarrollo. En 1768 entró á servir en clase de cadete de reales guardias de infantería española y siendo alumno de la academia de Barcelona solicitó ir á la guerra contra los argelinos, cuya petición le fue negada. Ascendió á allérez en 1778 y sus primeros hechos de armas tuvieron lugar en la empresa desgraciadamente frustrada de recobrar á Gibraltar. Hallándose en el campo de San Roque dirigiendo unos trabajos del sitio, recibió la noticia de la muerte de su madre, que Alvarez como buen hijo, amaba en extremo. Mandáronle retirar por consideración á su desgracia, pero el jóven permaneció en su puesto sufriendo el diluvio de hierro que como él decía, le descargaban los ingleses, añadiendo que su único consuelo seria vengarse de los enemigos de su patria en momentos tan dolorosos. En 1783 fue promovido á teniente y en el mismo año obtuvo el grado de teniente coronel y el nombramiento de maestro de la academia establecida en Madrid por su coronel el duque de Osuna, desempeñando este destino hasta 1793 en que pasó á la guerra contra la república francesa. Distinguióse en ella en varios encuentros, sitios y batallas, atacando á la bayoneta con su compañía á una columna de 500 hombres, y logrando dispersarla. En 1794 obtuvo el grado de coronel y el siguiente año fue promovido á brigadier. En esta clase permaneció hasta el año de 1808 en que al estallar la guerra voló el primero á la defensa de la patria para hacer inmortal su nombre y el de Gerona. Conviene antes de referir aquellos hechos dar á conocer el carácter singular de este héroe.

En 1779 siendo allérez pasó con licencia al Burgo de Osma donde tenia su mayorazgo. Fue un día á misa y para oír la con mas comodidad tomó asiento en una de las sillas del coro, pero fue obligado á levantarse por orden del obispo, manifestándole que solo tenian privilegio para sentarse allí los caballeros de las órdenes militares. Avergonzado Alvarez, que ignoraba esta circunstancia, salió de la iglesia, mandó ensillar sus caballos, pasó á Madrid y solicitó y obtuvo el hábito de Santiago. Un año despues se presentó en el Burgo de Osma tomó asiento en el coro y aguardó la reconvención. Presentóse en efecto una persona enviada por el obispo, pero Alvarez permaneció en el sitio enseñando la cruz que habia conservado oculta con su capa.

Vivia en Madrid en 1808 y á los primeros síntomas de la guerra gloriosa que sostuvo la España, pasó á Barcelona donde estaba su regimiento, otorgando antes poderes á sus dos hermanas para que administrasen sus bienes en su ausencia y en la carta en que lo hacia les dijo entre otras cosas: «habiendo pisado los enemigos la capital de la monarquía, no puedo yo residir sino donde se hallan mis banderas, ni cuidar de otra cosa que de la defensa de mi rey y de mi patria.» En llegando á Barcelona fue nombrado gobernador de Monjuich. Los franceses se habian apoderado de la plaza por medios infames, y con los mismos quisieron apoderarse del castillo, pero Alvarez presentándoles la mecha encendida sobre los cañones, les hizo conocer que solo entrarían sobre montones de ruinas. Una orden del capitán general se lo hizo evacuar y entregar á sus enemigos. Alvarez sin poder desestimar el mandato de sus superiores, obedeció y despreciando el partido que le hacian los franceses se presentó en Tarragona, desde donde salió para mandar la vanguardia del ejército de Cataluña en el Ampurdan, en cuyo mando mostró no pocas veces sus conocimientos y valor. Gerona habia sufrido heroicamente dos sitios por los franceses cuando la junta suprema de gobierno del reino le nombró su gobernador, poniendo á sus órdenes unos cinco mil soldados, fuerza insignificante, pues solo para cubrir las fortificaciones se necesitaban doce mil. Eran estas además imperfectas y habian sido medio destruidas en los dos sitios que acababa de sufrir la plaza, cuyos habitantes diezmos, solo ascendían á catorce mil. El enemigo orgulloso con sus victorias que le hacian dueño de Europa, esperaba rendir á una plaza de tercer orden, mal pertrechada sin tener presente que cada pueblo de España podia ofrecerles el ejemplo de Numancia.

El día 6 de mayo de 1809 se presentaron los generales Augereau y Saint-Cyr al frente de la plaza con treinta mil hombres, y al saberlo Alvarez dijo á Gerona: *Será pasado por las armas todo el que profiera la voz de capitular ó rendirse.* Y al parlamentario francés le

contestó con altiva fiereza: *No quiero tratar con los enemigos de mi patria; decid á vuestro general, que en adelante recibire á metrallazos á vuestros emisarios.* Tan noble respuesta provocó el entusiasmo en todos los corazones, y Gerona como un solo hombre se aprestó á mostrar su resolución de morir en defensa de su justa causa. El valiente gobernador organizó la población militarmente formando siete compañías con el título de *Cruzada gerundense*, de las cuales dos eran de clérigos, y ademas la *compañía de Santa Bárbara*, compuesta de mujeres, en la que se alistaron hasta ciento veinte y siete de todas clases y condiciones. Comenzó el enemigo por un horroroso bombardeo que sin cesar un minuto duró doce días, y como vieran la impavidez de los sitiados y lo poco que adelantaban, se propusieron tomar el castillo guarnecido por novecientos hombres, al mando de don Guillermo Nash. Emplearon en esta operación dos meses, levantaron diez y nueve baterías, abrieron muchas brechas y solo se posesionaron de montones de escombros, cortándoseles tres mil hombres que quedaron muertos y mayor número de heridos. De la guarnición murieron ocho oficiales y quinientos once soldados, siendo casi todos los demás heridos. Dueños ya del castillo rompieron desde él sobre la ciudad un terrible fuego, atacando simultáneamente por las puertas de San Cristóbal y de Francia, pero no se atrevían á penetrar por las calles, recordando la defensa de Zaragoza. Entre tanto Alvarez disponia salidas con la escasa guarnición, y hostigaba al enemigo, haciéndole perder terreno algunas veces. Un oficial encargado de hacer una salida le preguntó: *¿A dónde me acogeré en caso de retirada?*—Al cementerio, contestó Alvarez con severidad. Por el mes de setiembre logró el general Conde introducir en la plaza un convoy y tres mil doscientos ochenta y siete hombres. No cesaban un minuto los asaltos, y viendo los enemigos las infinitas brechas abiertas, enviaron parlamentarios, que cumpliéndoles la promesa fueron recibidos á cañonazos. Véase al valiente gobernador acudir á todas partes, desafiando los riesgos, disponiendo y hasta practicando la curación de los heridos. El hambre era horrorosa, llegando la carne de caballo á ser un manjar delicado, pues se comia la de los animales mas asquerosos. Alvarez, tan generoso como valiente, entregó todas sus alhajas y renunció sus sueldos en beneficio de sus soldados, y desafió los rigores de la peste, desprovisto de todo lo necesario. Proseguia el sitio, se aumentaban el hambre y la epidemia, se agotaba la carne de caballo, los soldados se caían muertos estando de centinela; no habia ya en los hospitales alimentos, medicinas ni aun luz; se amontonaban en ellos los heridos y los apestados, y morían dando gritos y recomendando la constancia á los que les sobrevivían. El hundimiento de los edificios era continuo; oíanse por todas partes clamores; la guarnición y el vecindario corrían á sacar de entre los escombros á sus compañeros, sin que jamás se oyese proferir una palabra que no fuese para alentarse unos á otros. Una sola vez se atrevió un jefe á pronunciar la palabra capitulación, y oyéndole Alvarez le dijo: *¿Cómo, solo usted es aquí cobarde? Cuando no haya otra cosa, nos comeremos á usted y á los de su ralea.* Palabras tan heroicas las pronunciaba un anciano rodeado de montones de cadáveres insepultos, y cuando se habia perdido la esperanza de ser socorrida la ciudad, pues todas las tentativas del general Blake fueron infructuosas. Contábanse ya ocho meses de destroz, hundimientos, hambres y peste, y el valor de los defensores de Gerona no habia decaído; sin embargo, Alvarez publicó un bando en el que se leia: *Sean las tropas que guarnecen los primeros puestos los que ocupan los segundos tienen orden de hacer fuego en caso de ataque contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace con su ejemplo mas daño que el mismo enemigo.*

Corría el octavo mes de sitio, y el porvenir era cada vez mas oscuro para Gerona. Diez mil cadáveres insepultos se hallaban en los fosos y en las calles, las murallas se desplomaban por todas partes, pues habian sufrido ya el choque de setenta mil balas y veinte mil bombas y granadas. Solo quedaban en la ciudad para su defensa unos doce mil hombres, los que vagaban de un lado á otro como sombras, estenuados de hambre, fatigados de sed y de cansancio. En tal situación escribió Alvarez á su hermana, residente en la provincia de Soria. «No sé cuál será mi suerte, porque su Divina Magestad me quiere probar con mis males; no he querido salir porque mi honor me manda morir en estas ruinas. Blake no me socorre; pero Dios y mi brazo me socorrerán y tu hermano será leal y honrado hasta la muerte.» La fiebre le postró al fin en el lecho sin esperanza de vida y habiéndole administrado el Viático y la Estremación, tomó el mando de la plaza el teniente de rey don Juan Bolívar. El ánimo de los habitantes y de la guarnición decayó algun tanto faltándoles la presencia del hombre que sabia inspirar la confianza y dar consuelos y valor en tantas calamidades. Continuó sin embargo la defensa por algunos días y aumentándose los apuros y perdida toda esperanza de socorro, se rindió la plaza con una honrosa capitulación y los franceses se entregaron de aquel monton de escombros, pues este era el aspecto que presentaba la población. El tratamiento que reservaron los vencedores al ilustre gobernador fue inicuo é indigno de un pecho generoso.

Quitáronle todos sus ayudantes, dejándole solo á don Francisco Satué, pusiéronle incomunicado en su alojamiento, donde continuaba con algun alivio. La junta de nombramientos de mariscal de campo y teniente general, pero esta categoría no impidió á los franceses el atropellar groseramente al héroe de Gerona, á quien Perpiñan en una calesa, sufriendo el escarnio y los desprecios de los soldados franceses y hasta de los oficiales. Al llegar á esta población fue encerrado en el miserable calabozo del *Castillet*, á cuya vista esclamo general: *¿Y son ustedes los que se precian de guerravencido á quien hacian mas ilustre y grande la defensa que acaba de hacer.* El desprecio y los malos tratamientos caerian muy bien sobre un enemigo que hubiera defendido cobardemente su puesto. Acostumbrados los veían por primera vez postrado su orgullo al frente de un puñado de hombres. Esta humillación alejaba de aquellos hombres todo sentimiento generoso. Desde Perpiñan le trasladaron á otros pueblos, haciéndole dormir en las cárceles, sin ningun género de consideración y apartando de su lado á su único compañero y amigo el ayudante Satué. Ultimamente fue trasladado á Figueras, donde espiró en un oscuro y hediondo calabozo. Su cadáver fue espuesto al público en unas perihuelas, observándose por muchas personas que su rostro estaba hinchado y tenia señales indelebles de haber sido ahogado, y esta opinion se halla corroborada en la historia del conde de Toreno, y en las investigaciones que en la época de la catástrofe mandó hacer el gobierno. No paró en esto el encono de los enemigos, quienes profanaron mas allá de la tumba al ilustre general, haciendo con su cadáver mil sacrificios.

La historia coloca el nombre del ilustre defensor de Gerona al lado de los primeros héroes de nuestra patria, y los poetas Quintana, Rivas, Noroña y otros, han dedicado algunas estrofas en sus cantos á la memoria de tanta lealtad y patriotismo. Su ayudante don Francisco Satué, escribió y publicó su vida que presenta cuadros interesantes, y el general don Miguel de Haro, testigo presencial de los hechos y hombre veraz é imparcial, publicó tambien en 1820 una *Relacion histórica de las defensas de Gerona*, digna de leerse por muchos conceptos. En ella pinta á Alvarez con estas palabras. «Era de estatura mediana, de color moreno, ojos vivos, y una compostura exterior que no daba grande idea de sí al que no le observaba de cerca: su talento era mediano y poca su instruccion; pero tenia un conjunto de apreciables cualidades para el mando, que muy pocos saben reunir. Era caballeroso en su modo de pensar y muy desinteresado; mandaba siempre por sí, sin que nadie le dominase, se presentaba con mucha serenidad en los peligros cuando la necesidad lo pedia. Estaba tan empeñado en la defensa de su plaza, que en todo el tiempo que duró el sitio no hizo cosa ni habló palabra, que no fuese dirigida á infundir constancia y valor á sus tropas; pero la calidad que le distinguia y le coloca esencialmente entre el número de los grandes hombres, es su firmeza de alma, porque poseia esta calidad de los Brutos y de los Catones en un grado eminente. Al principio deseaba que su plaza se sostuviese doble tiempo que Zaragoza; y despues que se cumplió este plazo, queria que durase cuatro veces mas su defensa. En donde la firmeza de los demás se acababa, allí parece que principiaba la suya... Se puede decir que no cometió mas falta que la de no haber sabido tomar un partido, cuando le avisó Blake en el mes de noviembre la imposibilidad de socorrerle. Entonces debió haber salido con la guarnición abandonando ya una plaza incapaz de defenderse; pero no era dado á su carácter el variar, y si al fin se perdió todo, fue siguiendo la carrera de la gloria y del honor. Merece, pues, un lugar distinguido entre los hombres ilustres, y servir de modelo á todos los militares, para que aspiren á imitar sus grandes y eminentes virtudes.»

Habiendo regresado de Francia en 1818 don Francisco Satué, hizo presente al gobernador de Gerona que los restos del inmortal Alvarez se hallaban en la iglesia parroquial de Figueras, habiendo sido colocado su cadáver de modo que pudiera reconocerse en todo tiempo para hacerle las honras y honores correspondientes á su clase. Dadas las órdenes al efecto, se procedió á la exhumación, y los preciosos restos fueron trasladados á la capilla del castillo de San Fernando de Figueras, con toda la solemnidad que correspondia á la clase y rango de teniente general y capitán general de ejército. Allí se erigió un monumento á su memoria, segun se erige por un particular. La lápida de este monumento fue destruida por el duque de Corregliano, mariscal francés, á su paso por Figueras con el ejército de aquella nacion que entró en España á consecuencia de los sucesos políticos del año de 1823. El rey Fernando mandó el mismo año de 1824 restablecer la lápida.

En 1816 mandó el general don Francisco Javier Castaños cerrar con una verja el calabozo en que murió el heroico gobernador, situado en una de las cuerdas del castillo de Figueras, poniendo sobre la verja una lápida

de mármol negro con caracteres de oro, en que se leía: *«Encomendado en esta estancia el 22 de enero de 1815, el gobernador de Gerona don Mariano Alvarado de Castro, cuyos heroicos hechos vivirán eternamente en la memoria de los buenos. Al comunicar el presente en la memoria de la guerra general Castañaos esta resolución al ministro de la Guerra, decía entre otras cosas: «he mandado que nada se haga del interior, lóbrego y horroroso de aquella estancia inmunda, ennoblecida con muerte tan preciosa.»*

La Junta Suprema del reino, declaró á Gerona, sus habitantes y guarnición, beneméritos de la patria en grado heroico y eminente, con la nobleza personal para él y sus sucesores.

Concedió un grado á todos los oficiales, y el de sargento á todos los soldados.

A las viudas y huérfanos una pensión con arreglo á sus circunstancias.

Declaró que Gerona fuese libre de contribuciones por diez años.

Se mandó erigir un monumento en la plaza para eterna memoria de su defensa.

Ordenó que en todas las capitales del reino se pusiese en la plaza una inscripción que espresase las circunstancias mas heroicas de tan famoso sitio.

Que se acuñase una medalla de honor para sus defensores, reservándose las Cortes en su dia determinar la extraordinaria recompensa á que se hicieron dignos Gerona y sus defensores.

MANUEL JUAN DIANA.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

ESCUPIR AL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Hola!—esclama Robles.—¡Es una alhaja la niña! —Pues ¿y la madre?... no tiene mas conchas un gallego. Sin embargo, al que es un poco listo, no se la pega, con toda su gramática parda. Y á propósito; Robles debe ser novicio, pues solo un novicio es capaz de mordor como un barbo atortolado cebos y anzuelos de esa clase. ¿Conocen ustedes á Robles?

—No; responde Ramirez.

—No; repite Robles.

—Cuando llegue á su noticia—continúa Policarpo—¿percance de su novia, tomará el cielo con las manos.

—¿Qué percance? pregunta indiferentemente Robles.

—El que motivó su viaje á Aragon—responde Ramirez; y luego, dirigiéndose á Policarpo, continúa:—No creo que sea bala el motivo que se le atribuyó. ¿A usted quien se lo contó, Policarpo? ¿Recuerda usted?... Por que segun la persona, así...

—No lo adivina usted?... Angelita.

—Oh!—dice Ramirez.—Es persona de mucho respeto y muy digna de crédito. A ella le confiaría el secreto quizás alguna otra que...

—Nada de eso: es mujer que conoce el mundo, y especialmente á los individuos de su sexo; y ciertas señales, que á los profanos, como yo, nada nos indican, le revelaron á ella, en una visita que Dolores la hizo con su madre, la caída del ángel, como ella dice chisposamente. Todo esto coincidió con el empeño de Dolores en pasar en el campo una temporada; porque, segun suele suceder á todo el que cae, particularmente á la caída es grave, se le resintió un poco el estómago.

Robles celebra con ruidosas carcajadas las groseras agudezas de Policarpo, á quien tres ó cuatro esclentones del pais, servidos en el almuerzo, alborotan y transforman en un verdadero energúmeno. Luego que declara cuanto Robles desea, este le dice con voz grave y reposada:

—Señor mio; la persona que en este momento habla con usted... es Juan Robles, Juan Robles, que acaba de conocer la superioridad de un hombre de bien sobre un miserable, mas que en nada en la paciencia con que ha oido el cúmulo de infamias con que intenta usted manchar el honor de una jóven, cuya desgracia mayor es verse rodeada de gente sin vergüenza, como usted...

—Señor de Robles...

—Y cobarde, como usted, y calumniadora, como usted, y despreciable, como usted.

—Señor de Robles!... repite Policarpo, temblando de miedo.

—Señor don Policarpo—dice Robles, subiendo de tono la voz, y golpeando la mesa con una cuchara—¡Aborrezco esas palabras, y vamos al asunto. O se retracta usted de lo dicho, ó le desuello vivo, lo mismo que hay á la cabeza de un hombre...

—Pero hombre...

—No hay hombre que valga.

—Si apela usted á mi generosidad, sin amenazarme, responde Policarpo, sacando fuerzas de flaqueza, pero cada vez con mas susto,—me allanaré á declarar que he pecado de ligero, al creer lo que se ha dicho de esa señorita; pero si me lo exige á la fuerza...

—Como voluntariamente no lo haga usted, no dude

que lo hará de otro modo, y mas pronto que la vista.

—¡Eso quisiera usted!—repite Policarpo, viendo que no hay mas remedio que cantar, y que ha encontrado la horma de su zapato.—Pero soy yo demasiado caballero, para comprometer con mi silencio á una dama, cuando una palabra mia puede salvarla. Así, pues, no se empeñe usted en que riñamos; no reñiremos; prefiero el sacrificio de confesarme culpable, aunque pase la plaza de cobarde.

—Primo, ya lo oyes; se confiesa culpable; me basta con esa declaracion. Señor don Policarpo,—continúa Robles, suavizando el acento—no huya usted de mí, que no voy á comerle, y oiga un instante. No se avergüence usted de lo que acaba de decir; ningun hombre de bien debe avergüenzarse de reconocer sus faltas, y mucho menos si se propone su enmienda para lo sucesivo. Persuadido estoy de que al constituirse usted en eco de la calumnia de que se trata, lo verificó sin detenerse á pensar en las lunestas consecuencias de sus palabras. ¿No tiene usted madre? ¿No tiene usted hermana? ¿No tiene usted en el mundo alguna persona amada? ¿No sabe usted que el honor es la joya mas preciosa de la mujer, y que atentando contra él se la asesina moralmente?

Policarpo oye, con los ojos bajos, estas palabras, que al parecer le conmueven. Robles continúa:

—Pues si yo fuese diciendo ahora por todas partes, de esa pobre madre, y de esa pobre hermana, inocentes y puras, y respetadas, lo que usted ha dicho de Dolores... si yo fuese diciendo que su madre de usted es una...

—No siga usted, no siga usted, Robles—responde Policarpo;—solo el pensarlo me horroriza. Soy un miserable, tan habituado á la maledicencia que, á no recordarme usted mis sentimientos de hijo y de hermano. únicos tal vez que conservo enteros, no hubiera alcanzado el triunfo que acaba de alcanzar sobre mi alma. Y puesto que tan generoso se muestra usted conmigo, no lo he de ser yo menos con usted, para reparar en lo posible el mal causado. Movidó por una idea de vil venganza contra Dolores, contribuí á estender la calumnia; nadie contribuirá ahora tanto como yo á la rehabilitacion de esa jóven, á cuyos piés quisiera arrojarle y pedirle mil perdones. Pero no por esto olviden ustedes que hay una persona mas infame que yo, una persona á cuyos ojos nadie es virtuoso, nadie es bueno; y esa persona...

—Sí—interrumpe Ramirez,—es Angelita.

—Angelita—dice Robles—echará en lo sucesivo á sus labios una mordaza, ó irá á la galera; yo se lo prometo.

A la media hora de concluido el almuerzo, cuenta Robles á doña Mariana, en el gabinete contiguo á la alcoba de Dolores, lo ocurrido con Policarpo. Dolores, á quien suponen como dias antes dormida, no lo está, sin embargo, y apenas pierde palabra, poniéndose por la primera vez de su vida, á escuchar junto al gabinete. Despues de bien enterada, entra en el gabinete, con paso mas firme y aire mas resuelto de lo que doña Mariana y Robles pueden esperar de su abatimiento; y hasta un suave sonrosado colora sus mejillas, y un rayo como de alegría resplandece en sus ojos. Lo que pasa en su alma, solo Dios lo sabe. Doña Mariana y Robles se miran sorprendidos.

—¿Has descansado, hija? pregunta doña Mariana.

—Si señora, me siento mucho mejor; aunque otra en mi lugar acaso no estaria así.

—¿Por qué?

—Porque he oido todo cuanto ustedes han hablado. ¿No me perdonarán ustedes mi curiosidad indiscreta?

Doña Mariana y Robles no responden.

—Robles—continúa la jóven,—ahora comprendo tu indiferencia conmigo, tu alejamiento de mí...

—Calla, por Dios, Dolores; calla, por Dios; nunca dí yo crédito á...

—No importa, pudieras haber dudado, pudieras dudar mañana, y no quiero yo exigirte el sacrificio doloroso de tu estimacion y de tu tranquilidad venideras, en provecho de las mias. El egoismo me aconseja que implore tu compasion y acepte tu sacrificio; pero aceptando, seria doblemente criminal, pues haria, en vez de una, dos víctimas. Tú eres muy digno de ser amado, Juan; y sin duda será feliz la mujer á quien des el nombre de esposa. Casándote conmigo, ó no lo serias tú, siempre atormentado por esa horrible duda, ó no lo sería yo, creyéndote atormentado por ella, aunque así no fuese. Compadece, sin embargo, á esta desgraciada; eso sí, compadécela... te lo permito.

Los sollozos embargan la voz á Dolores; Robles la escucha temblando como la hoja en el árbol, y doña Mariana apenas puede esclamar:

—¡Ay, Robles! ¡me la han asesinado esos infames!

Dolores, procurando reunir todas las fuerzas de su espíritu en este momento, el mas crítico de su vida, prosigue:

—Y usted, señora, que guiada por sus sentimientos benéficos, amparó á la pobre inclusera, no solo dándole el pan, el agua y el asilo, sino, lo que vale mil veces mas, su amor, un amor tan incomparable que es imposible que me amase mas que usted mi propia madre, si viviera y no me hubiese abandonado á la caridad pública: usted, señora, va á hacerme el último favor, y este favor se lo pido por las entrañas de Jesucristo:

déme usted su licencia para retirarme á un convento, en donde pasar el resto de mis dias, y rogar á Dios por mis bienhechores y por mis enemigos.

—Dolores—dice Robles,—te estás quitando la vida, y nos la quitas á nosotros tambien: yo no dudé ni un momento de tu virtud; únicamente quise averiguar la procedencia de la calumnia con que se pretendia oscurecerla, y me parece que lo he logrado. La calumnia fue inventada por Angelita; y Policarpo, quejoso de tí, la propagó entre tus conocidos. Policarpo, ya porque me tema, ya por estar sinceramente arrepentido de su conducta, será el primero que ahora nos ayude á desbaratarla y destruirla; y respecto de Angelita, los ruegos de esta señora conseguirán que confiese su maldad, y sino lo verifica voluntariamente, entonces... entonces será capaz de todo.

—¡Estériles proyectos! ¡Vana esperanza! Dime, Juan; y si Angelita niega, como negará ¿qué derecho hay para dudar de ella? ¿Por ventura, merece mas crédito la palabra de un hombre sin juicio y sin pudor, como Policarpo?... No me hago ilusiones sobre mi situacion, Juan; aunque llena de vida, y en la flor de mi edad, cuando todo parece que me sonrie, yo he muerto ya para el mundo; porque vivir en el mundo sin buena opinion, es para un alma delicada mil veces peor que morir, no lo dudes. Te aseguro que despues de oir lo que he oido, no me atreveria á poner los piés en la calle, de dolor y de vergüenza.

—¿Oye usted, Robles?—esclama doña Mariana—¿Oye usted lo que dice esta criatura? Disuádala usted de su idea, tranquilícela usted, porque sino, es capaz de perder el seso.

—Dolores—dice Robles, fijando en ella una mirada suplicante,—olvidate de que existen seres perversos en el mundo, y vive para tu bienhechora y para mí, á cuyos ojos, lejos de haberte rebajado, la desgracia que lamentamos, ha servido para patentizar mas y mas tu inocencia. ¡No quieres salir á la calle! Está bien: nos casaremos, y saldrás cuando seas mi esposa, y podrás levantar la frente pura, y yo tambien levantaré con orgullo la mia, y viviremos dichosos.

Suena la campanilla de la escalera; se acerca doña Mariana á la puerta de la sala, para preguntar desde ella quien llama; y la criada, que ya ha abierto, responde:

—Es doña Angelita.

—Anda—dice en voz baja doña Mariana á Dolores,—anda al gabinete, y por Dios no escuches, si deseas tu sosiego y el mio.

Dolores sale, y doña Mariana, enjugándose de prisa las lágrimas, recibe en el pasillo á la solterona, la cual, como ahora no hay testigos, la besa tan cariñosamente que, nadie diria sino que es su mejor amiga. Robles la saluda en la sala.

(Se concluirá en el próximo número.)

VENTURA RUIZ AGUILERA.

VIAJE DE SS. MM.

Á LA CIUDAD DE SANTANDER.

IV.

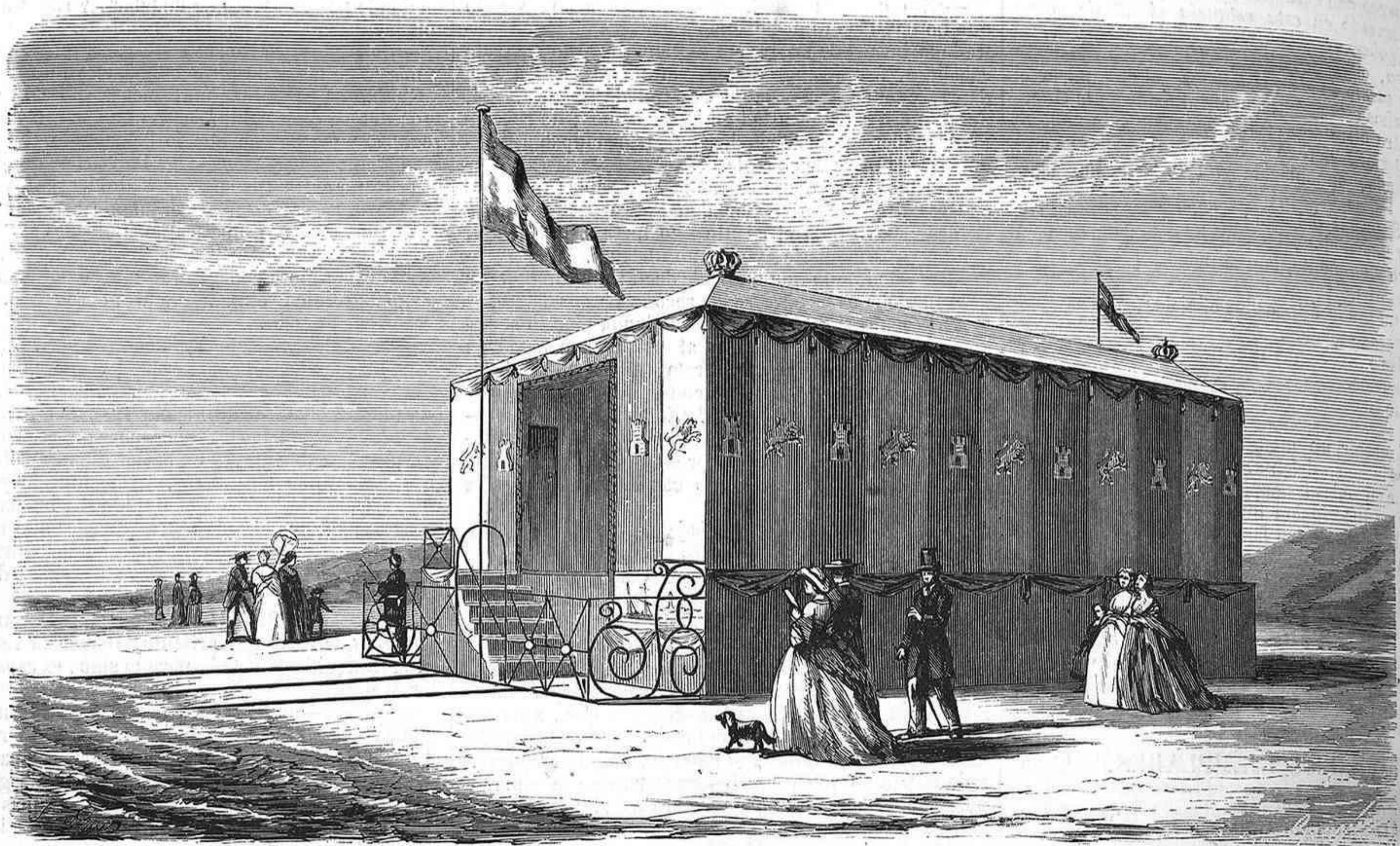
La real familia sigue sumamente complacida en esta ciudad, tomando baños y disfrutando de los paseos marítimos que S. M. la reina prefiere á todos los demás goces que continuamente la ofrecen los entusiastas montañeses.

Como estaba anunciado, el dia 4 tuvo lugar la expedicion al astillero de Guarnizo que la Diputacion provincial habia propuesto á SS. MM.

A la una de la tarde salieron en el vapor *Porvenir* la comision de la Diputacion y la de señoras en número de cuarenta, que habia de recibir con ramos de flores en la mano á S. M. A las dos empezó el movimiento de embarcaciones que á vela y á remo se dirigian tambien al hermoso sitio, y á las cuatro en punto los vapores *Ulloa* y *Pájaro* anunciaron con sus disparos la salida de SS. MM. y AA. que iban acompañadas de las autoridades y varias comisiones. El paseo fue delicioso. En *Pontejos* y en el *Lazareto* hicieron disparos para saludar á los reyes á su llegada al astillero, en que fueron recibidos con generales aclamaciones de alegría.

SS. MM. atravesaron la larga rambla de madera dispuesta al efecto, y al fin de la cual se veia un sencillo y elegante arco imitando piedra sillería con dos pequeños remates de almenado de muy buen efecto, entre los que habia algunas inscripciones y dedicatorias á la familia real. Tambien habia un arco de follaje muy bien hecho, bajo el que pasaron SS. MM., dirigiéndose á la iglesia que estaba adornada de multitud de guirnaldas y ramos de preciosas flores.

Pasearon despues á pié SS. MM. por el ameno y pintoresco sitio de la Planchada, que estaba sumamente concurrido de elegantes y hermosas damas; y deteniéndose un momento junto á la fresca y entonces engalanada fuente, se dirigieron á la espaciosa tienda de campaña, donde se dignaron aceptar un espléndido refresco que habia dispuesto la comision y de que las señoras y caballeros invitados tambien participaron en otras dos tiendas próximas á la de SS. MM.



BAÑO DE S. M. EN LA PLAYA DEL SARDINERO. (SANTANDER.)

A las ocho de la noche estaban ya de regreso en el palacio de la Aduana. A las nueve y media se dirigieron al teatro, asistiendo á la representacion de una comedia nueva, original del distinguido escritor montañés señor Pereda, y titulada *Tanto tienes, tanto vales*.

Aprovechando esta ocasion oportunísima diré que esta obra habia sido ya recibida pocas noches antes con general aplauso, siendo llamado el autor á la escena, donde se presentó despues de muchas instancias del público. El señor Pereda ha combatido con talento y noble energía ese afán, harto frecuente por desgracia, con que los padres procuran á sus hijos bodas ventajosas bajo el punto de vista material; no teniendo para nada en cuenta la felicidad del alma por el amor verdadero, y que las riquezas solo sirven para presentar una máscara que oculte á la sociedad la desesperacion y la guerra terrible que arde en el seno de las familias. Como resultado de ese ciego afán, aparece en la comedia el abismo á que puede lanzarse á una hija por no averiguar las condiciones del hombre que se la destina, al que todo se le concede, hasta la honradez, solo porque parece rico.

La comedia está versificada con notable facilidad y encierra pensamientos elevados que responden al noble sentimiento que en ella preside.

Siento no disponer de bastante espacio para examinarla tan detenidamente como merece.

La compañía que dirige con mucho acierto el primer actor don Mariano Fernandez, recibe todas las noches pruebas señaladas de la satisfaccion del ilustrado público que llena siempre las localidades del teatro. El empresario señor Pastor ha adornado con sumo gusto y elegancia el palco que SS. MM. se dignaron aceptar y en el que se presentan algunas noches al pueblo santanderino.

Ayer tuvo lugar la expedicion marítima á la plaza de Santoña, en la que en dos ó tres dias se dispusieron y arreglaron todas las cosas necesarias para recibir dignamente á SS. MM., por supuesto con arreglo á los escasos recursos con que se cuenta en aquella reducida poblacion.

A las doce se embarcaron SS. MM. en el remolcador *Rápido* en compañía de las autoridades y corporaciones invitadas al efecto. Detrás del *Rápido* seguia el *Vizcaino-Montañés*, fletado por personas de la ciudad y forasteros sin distincion y el vapor de guerra *Ulloa*.

El viaje fue felicísimo, y á las dos y media entraban los tres vapores en la ria de Santoña, saludando la plaza á SS. MM. con los disparos de ordenanza.

Desde la punta llamada del *Fraile* hasta el mismo desembarcadero, se hallaban formadas de dos en dos hasta doscientas embarcaciones, entre lanchas y botes de pesca de Laredo, Limpias, Colindres y Santoña, todas con la bandera nacional y adornadas y empavesadas; la tripulacion se componia por lo general de toda la gente que gana su vida en el mar, y las mujeres del pueblo sencilla y decentemente vestidas y cantando al son de las panderetas y los tamboriles canciones en honor de la reina.

S. M. fue recibida por las autoridades de la plaza que llevaban consigo en el recibimiento una sorpresa que llegó á conmover profundamente el corazon de SS. MM. y el de todos los que presenciáramos aquel tierno acto. La sorpresa á que me refiero la componian cinco ancianos pobres de Laredo, cinco venerables ancianos, ante los cuales se agitaba el alma llena de orgullo recordando la época gloriosa en que España levantó su alta y hermosa frente sobre todas las naciones. Aquellos cinco ancianos eran cinco héroes de los pocos que aun viven, de la batalla gloriosa de Trafalgar. Las sencillas palabras que con rudo y tembloroso acento dirigieron á la reina la afectaron notablemente y se vieron las lágrimas en sus ojos, cuando uno de aquellos cinco hombres del pueblo la presentó pendiente de su cuello el retrato del inmortal Gravina, cuyo nombre solo decia en aquellos instantes mas que todas las doradas páginas de nuestra historia.

S. M. la reina saludó hasta con respeto á aquellos hombres y me consta que se ha interesado vivamente por su suerte.

Yo me he honrado estrechando las callosas y ásperas manos de aquellos nobles y pobres marinos, y tengo un gran placer en trasladar aquí sus nombres que ellos mismos me dijeron: Manuel Fresnedo, Manuel Escalante, Miguel Cavada, Juan Salviejo y Antonio del Corro, el de menos edad tiene setenta y cinco años, y el de mas setenta y siete. Los cinco iban vestidos pobremente y en los raídos sombreros de copa tenian una cinta de lienzo blanco, en que se leian dos palabras; *Laredo-Trafalgar*. Ninguno de los que lo presenciáramos, podremos olvidar este episodio del viaje de SS. MM. á Santoña.

Despues de visitar todas las fortificaciones, de cuyo estado quedó sumamente complacida, la reina se dirigió á la iglesia del pueblo y luego á la casa en que la tenian dispuesto un espléndido refresco. El regreso tuvo lugar á las seis, y á las ocho y media llegaron los tres vapores á la bahía de Santander.

Por fin han hecho SS. MM. la visita á todos los establecimientos de beneficencia y despues, como una honra especial que se ha dignado conceder á la empresa, ha visitado tambien las obras que se están haciendo en el muelle llamado de Maliaño, donde le habian dispuesto un abundante y delicado refresco, de que participaron muchas personas de las corporaciones y particulares que fueron invitadas. Con motivo de las obras de dicho muelle y del terreno que pudiera elegirse para ofrecer á S. M. una digna posesion para las temporadas de baños, se han suscitado entre las gentes de talegas interesadas algunas cuestiones que, como dijo muy bien la *Abeja Montañesa*, no son oportunas cuando la reina solo debe ver la union de los corazones montañeses para mostrarla su afecto.

SS. MM. han asistido á otro baile campestre que estuvo brillantísimo, viéndose entre las personas notables que á él concurrieron, los señores ministros de Estado, Hacienda, Gracia y Justicia y Fomento, el señor Flores, de la Intendencia de palacio y los señores duques

de San Miguel, de Bailen, marqués de San Gregorio y otros títulos de Castilla. De notabilidades femeninas hubo tambien gran número, y no quiero citar nombres, porque ocuparian un gran espacio, y aun podria incurrir en alguna lamentable omision. En esto me sucede lo mismo que en materia de composiciones poéticas, de que no quiero mandar ningun ejemplar, por no verme en la imprescindible necesidad de herir susceptibilidades, pues *EL MUSEO* no es de los periódicos literarios que acostumbran á llenarse de versos, ni esto daria buena idea de su direccion.

En la noche de ayer, última de la estancia de SS. MM. en Santander, se dignaron asistir al teatro para presenciar la representacion del aplaudido drama en un acto y en verso, *Lazos de amor y amistad*, obra de un jóven que aun no ha creído oportuno darse á conocer en los teatros de la corte.

SS. MM. recibieron una gran ovacion á su salida del coliseo y manifestaron á varias personas cuán grande era su sentimiento de abandonar estas frescas montañas.

En una entrevista que tuvo con S. M. la reina, ha recibido el pintor de cámara don Estéban Aparicio, encargado de pintar un cuadro histórico, cuyo asunto no puede ser mas digno del talento de un artista; es la gloriosa batalla de Bailen. Confio en que el señor Aparicio ha de saber corresponder á la señalada honra que S. M. le ha dispensado.

A las nueve y media, salieron hoy SS. MM. de palacio, donde se despidieron ya de muchas personas, dirigiéndose á la catedral. Despues de oír misa acompañados de una inmensa concurrencia, fueron dando la vuelta, por la misma carrera por la que verificaron su entrada y á las diez y media ú once llegaron á la tienda de campaña dispuesta en la estacion, en donde volvieron á ser saludados y despedidos por las autoridades y corporaciones y por la multitud que se agolpaba deseosa de ver una vez mas á las reales personas.

La ciudad ha quedado en su estado normal y sin embargo se disponen nuevos bailes de campo y para fines del mes tendrán lugar las dos corridas de toros en que lidiará el famoso Antonio Sanchez (el Tato). El teatro promete estar concurrido á juzgar por la variedad de funciones que se disponen y por el buen deseo de la empresa y de los actores.

La crónica, pues, de las funciones reales concluye aquí y he procurado reducir mucho los límites de las revistas, pues el referirlo todo minuciosamente, hubiera sido cosa de llenar las columnas de un tomo entero de *EL MUSEO UNIVERSAL*.

EDUARDO BUSTILLO.

15 de agosto.—Santander.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG,  
EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.